

Las griegas lo eran todas. A la que nacía morena se la consideraba como hija del demonio.

En cambio otros autores aseguran que la mujer que más hondamente impresionó el corazón de Shakespeare, fué morena y á este propósito, citaremos las siguientes páginas del autor de "HAMLET"

"En la antigüedad, la mujer morena no era considerada como hermosa ni mucho menos; pero hoy la cabellera negra tiene la supremacía sobre la rubia y simboliza la energía en el amor, la constancia y la dignidad invencible."

Antiguamente se cuidaban el cabello las mujeres de distintas maneras. Las Egipcias lo tenían en mucho aprecio, lo que no impidió que se lo cortasen á menudo al rededor del cuello para encuadrarse el rostro.

Las Griegas lo conservaban hasta la noche de la boda, en que se lo cortaban para ofrecérselo á Diana.

La Megara ofrecía sus cabellos á Tifínoe, hija de Alcatus, que murió vírgen: en la Isla de Delos, á Heedige y á su hermana, Opis: en Argos y Atenas á Minerva.

Las mujeres de Sajonia, tenían una estatua cubierta totalmente con el cabello que la ofrecían en holocausto. Durante las tempestades las arrojaban á las olas embravecidas para aplacar la cólera de las divinidades del mar.

Los galos y partios, se lavaban el pelo con agua de cal, para decolorarlo.

Las Atenienses lo espolvoreaban de oro, y lo adornaban con cigarras de oro también. Las licontes lo llevaban suelto y en desorden. Las doncellas lo amudaban sobre la frente y en la nuca. Las casadas se hacían una trenza que pendía á lo largo de las espaldas. Las romanas para ser rubias llenaban su cabellera de polvos amarillos y la teñían en azufraín y cáscara de nuez.

Consiguemos una ligera relación de las bellezas grandes que recuerda la Historia, y que fueron rubias y morenas, así se verá que hubo para todos los gustos.

En la Mitología, Euridice, Venus, Psiquis, Galatea, Juno, Palas y Anfítrite, fueron rubias. Eva también lo fué.

Judit, Friné, Elena, Agnés, Sorel, amante de Carlos VII, Ana de Pisselen, Diana de Poitiers y Gabriela de Estrés, fueron rubias como el trigo y tuvieron los ojos azules. La señorita de Hantefort, fué rubia y tuvo los ojos negros.

Agnés de Meranó fué morena. La Valliere, la Pompadour, madame de Taffleur y la du Barry, tuvieron el cabello castaño.

María Antonieta y la princesa de Lamballe, fueron rubias. La Saskia de Rembrandt, fué roja. La bella Ferroniere era morena, según se puede ver en el cuadro de Leonardo de Vinci.

Catalina de Médicis, de hermoso busto y adorable majestad, de la que dice Brantome que tenía por gran placer enseñar sus manos, de rara perfección, era morena. También lo fueron Mdna. Touchet, amante de Carlos IX, la cual tenía una cabellera maravillosa, Salomé, Cleopatra, Mesalina y Mme. Recamier.

## EL TOCADOR.

Toda mujer debe arreglar sus habitaciones de manera que siempre tenga junto á su dormitorio, el santuario, digámoslo así, de su belleza, el sitio reservado en el cual, refugiada y sola, para sus menores cuidados, pueda dedicarse al arreglo de su cuerpo, á los pormenores de su tocado, á todas las exigencias de la higiene.

Las lindas mujeres del Siglo XVIII no tenían inconveniente en recibir mientras se hacían la "toilette" ó por lo menos, cuando estaban concluyendo de ataviarse. Los amigos iban allí á decir galanterías y comentar los chismes del día, en tanto que las doncellas peinaban y empolvaban á la hermosa. El escenario era encantador pues los pintores más en boga lo decoraban con arte exquisito y gusto maravilloso.

Los tiempos cambiaron y las costumbres también; hoy el tocador de una dama debe ser, confortable y al mismo tiempo algo atractivo, con cierto sello peculiar de su dueña. Las telas claras, alegres, floreadas, los tulés transparentes, las sedas brillantes cubiertas de muselina han de ser el fondo de la habitación. Nada de dorados que destruyen las miradas inutilmente. Mucho aire, mucha luz, ancho ventanal, con cristales esmerilados que tambien la claridad del día ó con ricas cortinas graciosamente fruncidas, que den cierta sombra, fresca y agradable.

La temperatura interior, caliente, sin llegar á la sofocación; y nada diremos de los útiles indispensables para el aseo, y sí algo de la mesa para peinarse, puesto que de los cabellos vamos á hablar.

La mesita para peinarse deberá estar adornada con gusto, y sobre ella habrá un juego de cepillos para la cabeza, uno duro, el otro suave y más largo, borlas, cepillos, para los vestidos; un cofrecillo para los peines y otro más pequeño para las horquillas y frascos útiles al cuidado de la cabellera; además el útero, el vaporizador, las borlas, los aceites, las tenacillas para rizar y la lámpara de alcohol.



Modelo de Peinado.